

La introspección como argumento

En la novela realista europea del siglo XIX, Fiodor M. Dostoievski (Moscú, 1821-San Petersburgo, 1881) es uno de los mayores exponentes del realismo psicológico: su campo de observación no es tanto la sociedad ni el contexto histórico, sino el interior del hombre. Sus personajes más característicos son seres torturados por un conflicto íntimo, cuyo desarrollo constituye el verdadero eje argumental de las obras.

En su producción destacan dos novelas: Crimen y castigo y Los hermanos Karamázov. El fragmento seleccionado corresponde a Crimen y castigo, novela donde se analizan los remordimientos de un joven estudiante que, agobiado por la miseria, asesina a una vieja usurera.

El asesinato

La puerta se abrió formando una estrecha rendija, como la otra vez, y de nuevo dos ojos inquisidores y desconfiados se clavaron en él desde la oscuridad. ...

–Perdone, Aliona Ivanova..., soy un conocido suyo..., Raskolnikov... Le traigo una prenda que le prometí hace unos días... –y le tendió el objeto que llevaba preparado.

La vieja echó un vistazo al paquetito, pero enseguida volvió a clavar la mirada en los ojos del inesperado visitante. Le miraba atentamente, con rencor y desconfianza. Transcurrió cosa de un minuto. Raskolnikov creyó distinguir en los ojos de la vieja una expresión sarcástica, como si lo hubiera adivinado todo. Tenía la sensación de que perdía la serenidad, de que el miedo se apoderaba de él, un miedo horrible, hasta el punto de que si la vieja continuaba mirándole de aquel modo, sin decir una palabra, un minuto más, huiría de allí corriendo.

–Pero ¿por qué me mira de ese modo, como si no me hubiese reconocido? –exclamó él de pronto, también con rencor-. Si lo quiere, tómelo; si no, lo llevaré a otro sitio. No tengo tiempo que perder.

... La vieja tomó la prenda.

–¿Qué es esto? –preguntó, sopesándola con la mano y mirando otra vez fijamente a Raskolnikov.

–Este objeto es... una pitillera... de plata... mírela.

–No parece de plata. ¡Vaya modo de atarla!

Para desatar el cordoncito, se volvió hacia una ventana, hacia la luz (tenía todas las ventanas cerradas, a pesar del calor asfixiante), y por unos segundos se

apartó de él, dándole la espalda. Raskolnikov se desabrochó el abrigo y descolgó el hacha del lazo, pero no la sacó del todo; la sostenía con la mano derecha debajo del abrigo.

Tenía las manos enormemente débiles; se daba cuenta de que a cada momento se le entorpecían y se le agarrotaban más y más, temía que se le escapara el hacha y se le cayera al suelo... De pronto le pareció que el vértigo se apoderaba de él.

–¡Vaya lío que ha armado con esto! –exclamó la vieja, malhumorada, e hizo un movimiento como para dirigirse hacia él.

No podía perder ni un solo instante más. Acabó de sacar el hacha, la levantó con ambas manos sin apenas darse cuenta de lo que hacía, y casi sin esforzarse, como quien dice maquinalmente, la dejó caer de lomo sobre la cabeza. Parecía que se había quedado sin fuerzas, mas no bien hubo dado un golpe, las recobró. ...

Aliona Ivanova lanzó un grito, pero muy débil, y se desplomó; quedó sentada en el suelo, y aún tuvo tiempo de llevarse las manos a la cabeza. Con una de ellas continuaba sosteniendo la «prenda». Entonces él le asestó varios golpes con toda su fuerza, todos con el lomo del hacha y en el cráneo. Brotó la sangre como de un vaso tumbado y el cuerpo cayó de espaldas. Raskolnikov retrocedió un paso, dejó que cayera y se inclinó inmediatamente sobre la cara de la anciana: estaba muerta; tenía los ojos muy abiertos, como si quisieran saltarle de las órbitas, la frente y la cara contraídas y desfiguradas por las convulsiones.

FIODOR M. DOSTOIEVSKI
Crimen y castigo

ACTIVIDADES

1. Comenta qué procedimientos narrativos utiliza el autor para caracterizar a los personajes en este fragmento.
2. Analiza el perfil psicológico y el comportamiento de los dos personajes.

Mujeres lectoras y mujeres protagonistas

El papel de la mujer en la literatura realista es de suma importancia, tanto por su condición de lectora como por la creación de personajes femeninos emblemáticos que encarnan los conflictos sociales y emocionales de la época. Existen varios estudios en torno a estos aspectos; sirvan como ejemplos los siguientes fragmentos de dos artículos.

Las lectoras en el siglo XIX

El acceso de la mujer a la cultura –me refiero a la cultura del libro y la lectura– es un hecho trascendental del siglo XIX, ignorado con escandalosa frecuencia y, sin embargo, de una evidencia aplastante. La presencia femenina se manifiesta en la abrumadora cantidad existente de revistas para mujeres –en su mayoría, además, dirigidas y escritas por mujeres–, muchas de las cuales, por otra parte, incluyen en sus páginas relatos breves, o novelas distribuidas en diferentes entregas, por lo común de naturaleza sentimental. Hay también colecciones narrativas dirigidas a un público femenino, como la *Biblioteca de señoras*, *Las galas del amor* o la celeberrima *Biblioteca rosa*. Como en cualquier relación de mercado, el crecimiento de la demanda provoca un incremento de la oferta. Y la nómina de narradoras del siglo XIX –dejando aparte los grandes nombres ya conocidos, desde Fernán Caballero a la Pardo Bazán– es riquísima, aunque para muchos lectores de hoy sus nombres no resulten ya familiares.

Pero, además, esta mujer que irrumpe como consumidora de literatura –y muy especialmente de narraciones– pertenece por lo común a una clase social acomodada; apenas tiene que ocuparse de tareas caseras –ni, claro está, desempeña actividades laborales– porque dispone de abundante servicio doméstico y, por consiguiente, de horas libres, mientras el marido atiende sus negocios, acude al café o participa en tertulias. Las formas de vida favorecen un distanciamiento entre los cónyuges y, dado que la mujer dedica horas de ocio a la lectura, este asunto –que podríamos enunciar como la soledad de la mujer casada– aparece a menudo en la novela decimonónica, que es, y no por casualidad, una novela centrada esencialmente en los tipos femeninos, desde *La Gaviota*, de Fernán Caballero, hasta las mujeres de Galdós –doña Perfecta, Gloria, Fortunata...– o de la Pardo Bazán, o la Ana Ozores de Clarín. La soledad y la insatisfacción ofrecen a menudo, como desembocadura dramática, el adulterio, y no es la literatura española la única en hacerse eco de esta situación frecuente.

RICARDO SENABRE
«La novela, entre dos siglos»

Las novelas de adulterio

En *Fortunata y Jacinta* se establece un diálogo con la tradición misma de la novela de adulterio, introduciendo aspectos nuevos, renunciando a situaciones típicas y al triángulo unívoco. ... Es una novela que presenta no un caso aislado de adulterio, sino todo un mundo al que este se incorpora. En realidad puede ser vista como una acusación social aún más fuerte que la de *La Regenta*. En *Fortunata y Jacinta* la situación sin salida adquiere matices más graves, subrayando el factor de las jerarquías sociales. Dedicando mucha más atención y espacio a la presentación de varios estratos de la sociedad madrileña en su evolución, uniéndolo a los acontecimientos históricos y la situación económica nacional, Galdós da a entender que estas dos historias no son algo excepcional, sino una muestra característica de la vida española. Se trata de una sociedad que adelanta por medio de casamientos, pero los respeta solo dentro de su propio círculo y clase social. ... Lo que le interesa a Galdós no es tanto mostrar el caso particular como denunciar la actitud prevaleciente, la injusticia social general.

BIRUTÉ CIPLIAUSKAITĖ
«La adúltera “honrada”: *Fortunata y Jacinta*»

ACTIVIDADES

1. Explica qué consecuencias provoca, según Ricardo Senabre, la incorporación de la mujer a la lectura en el siglo XIX.
2. Identifica, con ayuda del libro de texto, otras obras de la época centradas en tipos femeninos.
3. A la luz del texto *Las novelas de adulterio*, compara el tratamiento de este tema en *Fortunata y Jacinta* y en *La Regenta*.

Explica qué aspectos de la sociedad se critican en cada una de estas obras.

4. Investiga y analiza qué papel tiene la mujer en la literatura actual.

La mujer en la novela del siglo XIX

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la mujer se convirtió en la protagonista de algunas de las obras más importantes de la literatura universal. Autores realistas y naturalistas indagaron en la psicología femenina y construyeron profundos análisis de la sociedad burguesa de su tiempo, abordando temas como la rutina, la falta de expectativas, la vida provinciana o la falsa moral de las clases acomodadas.

Entre esas novelas destaca, en primer lugar, Madame Bovary, de Gustave Flaubert, que sentó el modelo que más tarde seguirían Leopoldo Alas «Clarín» en La Regenta, y el novelista ruso Leon Tolstoi en Ana Karenina.

La soledad de Emma

Emma Bovary, casada con el médico Charles Bovary, acaba de tener un niño. Lleva una vida apacible en una pequeña villa francesa, pero se siente infeliz y desdichada. Allí conoce a un joven llamado León, de quien se enamora.

León ignoraba que cuando salía de casa de ella, desesperado, Emma levantábase tras él para verle por la calle. Inquietábanla sus acciones, espiaba su rostro, hasta inventó una historia para poder visitar su cuarto. La mujer del farmacéutico era para ella dichosísima porque dormía bajo el mismo techo, y sus pensamientos

iban de continuo a posarse en aquella casa, como los pichones de El León de Oro, que acudían allí para remojar en los canales sus sonrosadas patitas y sus niveas alas. Pero mientras más percatábase de su amor, más y más lo reprimía, para que no se mostrase y disminuyese. Hubiera querido que León lo adivinase, y se imaginaba catástrofes e incidencias que a ello conducirían. Lo que, sin duda, la contenía era el espanto o la pereza, como asimismo el pudor. Pensaba que había exagerado la nota, que ya no era sazón, y que todo estaba perdido. El orgullo, además, y el placer de decirse: «Soy virtuosa», y de contemplarse, con resignado talante, en el espejo, consolábala un poco del sacrificio que creía hacer.

En aquel punto, los apetitos carnales, las codicias de dinero y las amorosas melancolías, todo confundiose en un mismo sufrimiento, y en lugar de desentenderse, su imaginación aferrábase más a él, excitándola a sufrir y buscando cuantas ocasiones se presentaban. Un plato mal servido o una puerta entreabierta eran motivos de irritación, y quejábase de no poseer vestidos de terciopelo, de su carencia de felicidad, de la excesiva elevación de sus ensueños, de la angostura de la vivienda.

Y lo que más la exasperaba era que Carlos no parecía percatarse de su suplicio. La convicción abrigada por su marido de hacerla dichosa considerábala como un necio insulto, y como una ingratitud, su seguridad a este propósito. ¿A qué, pues, su prudencia? ¿No era él, acaso, el obstáculo para toda felicidad, la causa de toda miseria y como la opresora hebilla de aquel complejo cinturón que la oprimía por todos lados?

GUSTAVE FLAUBERT
Madame Bovary



Los pensamientos de Ana

Ana Karenina visita a su hermano y a su cuñada en Moscú, donde conoce casualmente al joven conde Vronsky. Ella está casada y se mantiene fiel a su esposo; sin embargo, en su regreso en tren a San Petersburgo, no consigue dejar de pensar en el conde.

«¡Gracias a Dios, todo ha terminado!», fue lo primero que pensó Ana Arkadievna cuando se despidió por última vez de su hermano, el cual permaneció en el andén, impidiendo la entrada al vagón, hasta que sonó por tercera vez la campana. Ana se sentó en su asiento al lado de Anushka, examinando todo en torno suyo, a la media luz del coche cama. «¡Gracias a Dios, mañana veré a Serioja y a Alexey Alexandrovich y reanudaré mi agradable vida habitual.»

... Al principio no pudo leer. Le molestaba el ajetreo y el ir y venir de la gente; cuando el tren se puso en marcha fue imposible no prestar atención a los ruidos; luego se distrajo con la nieve que caía, azotando la ventanilla izquierda, el revisor que pasaba, bien abrigado y cubierto de nieve, y los comentarios respecto de la borrasca que se desencadenaba. Más adelante seguía repitiéndose lo mismo, el traqueteo, la nieve en la ventanilla, los bruscos cambios de temperatura, pasando del calor al frío, y viceversa; los mismos rostros en la penumbra y las mismas voces; pero Ana leía ya, enterándose del argumento. ... Ana se enteraba de lo que leía, pero aquella lectura le resultaba desagradable, es decir, le molestaba el reflejo de la vida de otras personas. Tenía demasiados deseos de vivir ella misma. ...

El héroe de la novela estaba ya a punto de conseguir lo que constituye la felicidad inglesa: el título de barón y una finca, y Ana deseó ir allí con él, cuando de pronto creyó que aquel hombre debía de sentir vergüenza y

ella la sintió también. Pero ¿por qué sentía vergüenza? «¿De qué me avergüenzo?», se preguntó, asombrada y resentida. Dejó el libro y se recostó en la butaca, apretando la plegadera entre las manos. No había nada vergonzoso. Repasó todos sus recuerdos de Moscú. Todos eran buenos y agradables. Recordó el baile, a Vronsky, con su rostro sumiso de enamorado, y el trato que tuviera con él: no había nada para avergonzarse. Pero al mismo tiempo, precisamente en este punto de sus recuerdos, la sensación de vergüenza aumentó, como si una voz interior le dijera cuando pensaba en Vronsky: «Te ha sido muy agradable, te ha sido muy agradable.» «Bueno, ¿y qué? –se preguntó con decisión–. ¿Qué significa esto? ¿Acaso temía enfrentarme con una cosa así? ¿Es posible que entre ese oficial tan joven y yo existan o puedan existir otras relaciones que las que tengo con cualquier conocido?» Sonrió con desprecio, abriendo de nuevo el libro; pero ahora le era completamente imposible entender lo que leía.

LEON TOLSTOI
Ana Karenina



ACTIVIDADES

1. Compara los sentimientos de Emma y los de Ana en estos pasajes y responde.

- ¿Qué les preocupa o atormenta?
- ¿Qué opinan de sus sentimientos? ¿Se culpan por ellos?
- ¿Qué semejanzas encuentras entre las emociones de estos dos personajes y las de Ana Ozores en *La Regenta*?

2. Busca en una enciclopedia el desenlace de estas dos novelas y resúmelo.

- Di qué tienen en común ambos finales. ¿Te parecen adecuados? ¿Por qué?

3. Observa qué procedimientos emplean ambos novelistas para adentrarse en los sentimientos y las ideas de sus personajes. Analízalos y di si son propios de la novela realista o naturalista.

Pepita Jiménez

Juan Valera compuso una de las novelas más célebres y originales del Realismo español: Pepita Jiménez. En ella, el autor emplea el recurso del manuscrito encontrado, pues afirma que ha hallado unos papeles de un deán y que ha decidido publicarlos.

La obra se divide en tres partes: la primera y la última son una serie de cartas (con narrador en primera persona), mientras que la segunda es un relato en tercera persona que completa los hechos no mencionados en las cartas.

Carta de don Luis a su tío

Don Luis, joven seminarista, se enamora de una joven y bella viuda, Pepita Jiménez, quien –a su vez– está prometida con el padre de aquel.

30 de mayo

Dios me ha dado fuerzas para resistir, y he resistido.

Hace días que no pongo los pies en casa de Pepita, que no la veo.

Casi no tengo que pretextar una enfermedad, porque realmente estoy enfermo. Estoy pálido y ojoso; y mi padre, lleno de afectuoso cuidado, me pregunta qué padezco y me muestra el interés más vivo. ...

Mi padre, sin advertir nada, me acusa de extravagante; me llama búho, y se empeña también en que vuelva a la tertulia. Anoche no pude ya resistirme a sus repetidas instancias, y fui muy temprano, cuando mi padre iba a hacer las cuentas con el aperador¹.

¡Ojalá no hubiera ido!

Pepita estaba sola. Al vernos, al saludarnos, nos pusimos los dos colorados. Nos dimos la mano con timidez, sin decirnos palabra.

Yo no estreché la suya; ella no estrechó la mía, pero las conservamos unidas un breve rato.

En la mirada que Pepita me dirigió nada había de amor, sino de amistad, de simpatía, de honda tristeza.

Había adivinado toda mi lucha interior; presumía que el amor divino había triunfado en mi alma; que mi resolución de no amarla era firme e invencible.

No se atrevía a quejarse de mí; no tenía derecho a quejarse de mí; conocía que la razón estaba de mi parte. Un suspiro, apenas perceptible, que se escapó de sus frescos labios entreabiertos, manifestó cuánto lo deploraba.

Nuestras manos seguían unidas aún. Ambos mudos. ¿Cómo decirle que yo no era para ella ni ella para mí; que importaba separarnos para siempre?

Sin embargo, aunque no se lo dije con palabras, se lo dije con los ojos. Mi severa mirada confirmó sus temores; la persuadió de la irrevocable sentencia.

De pronto se nublaron sus ojos; todo su rostro hermoso, pálido ya de una palidez translúcida, se contrajo con una bellísima expresión de melancolía. Parecía la madre de los dolores. Dos lágrimas brotaron lentamente de sus ojos y empezaron a deslizarse por sus mejillas.

No sé lo que pasó en mí. ¿Ni cómo describirlo, aunque lo supiera?

Acerqué mis labios a su cara para enjugar el llanto, y se unieron nuestras bocas en un beso.

JUAN VALERA
Pepita Jiménez

¹ **aperador:** encargado de cuidar una hacienda.

ACTIVIDADES

1. Lee con atención el texto y responde.

- ¿Qué enfermedad tiene don Luis?
- ¿Qué imprudencia comete, sin saberlo, el padre de don Luis?
- ¿Cuáles son los verdaderos sentimientos de don Luis hacia Pepita? ¿Ella es consciente de ello?
- ¿Qué ocurre al final?

■ En esta novela se puede encontrar un delicado erotismo en diversas acciones y gestos. Localiza algún ejemplo en este fragmento.

2. Compara el personaje de don Luis con el de don Fermín de Pas en *La Regenta*. ¿Qué diferencias y semejanzas encuentras entre ambos?

3. Explica por qué la técnica narrativa de *Pepita Jiménez* puede calificarse como una técnica original dentro del panorama de la novela realista.